

LOS LIBROS

SU MAJESTAD BRITÁNICA CONTRA LA REVOLUCIÓN MEXICANA. 1900 - 1950

De LORENZO MEYER
Por ENRIQUE KRAUZE

• El Colegio de México, 1991, 580 pp.

LORENZO MEYER HA INCURSIONADO CON éxito en la historia del maximato y en la síntesis de la historia contemporánea, pero su coto privado son las relaciones de México con el mundo, en particular con los Estados Unidos. La doble formación de politólogo e historiador le ha servido de maravilla, lo mismo para adentrarse en la más detectivesca y maquiavélica de las disciplinas históricas -la historia diplomática- que para analizar semanalmente en *Excelsior* los avatares de la antidemocracia mexicana. Al tiempo en que su columna semanal se volvía cada vez más suelta y clara, Meyer avanzaba en su obra más ambiciosa: la historia del desencuentro que protagonizaron la pérfida Albión y el "puerco espín mexicano". El extraordinario resultado en ambos empeños está a la vista. Lorenzo Meyer es hoy uno de los comentaristas políticos más sólidos y respetados de nuestro país y ahora refuerza su alta credibilidad pública dando a la luz *Su Majestad Británica contra la Revolución Mexicana. 1900-1950*. Esta obra, notable por la amplitud de sus temas y fuentes, por su profundidad e inteligencia de análisis, y por la ponderación típicamente meyeriana en su tono y sus juicios, hará, junto con La Guerra *Secreta* de Friedrich Katz, el par de libros definitivos sobre el período. Con una ventaja más: su público natural no sólo será mexicano sino inglés. Las tradiciones diplomáticas de los dos países se reflejan en él con igual riqueza. Es natural que a la cuidadosa edición mexicana de El Colegio de México siga muy pronto una edición inglesa

cuyo título podría ser: *How England misread México*.

Aunque el tejido narrativo es sumamente complejo por la cantidad de asuntos que simultáneamente se ventilan y por la tensión del momento -una larga revolución en México, dos guerras mundiales en Europa- la historia es sencilla. Inglaterra vivió una luna de miel con México durante el período de Porfirio Díaz. En aquella *belle époque* los ingleses incursionaron en empresas ferroviarias, petroleras, mineras, de servicio eléctrico y tranviario, agrícolas y bancarias. El héroe de la película se llamó Weetman D. Pearson, Lord Cowdray, que a partir de una concesión inicial en la Ciudad de México consolidó una estrecha relación personal con el Presidente Díaz. Gracias a este vínculo, aquel súbdito del Imperio construyó un imperio personal cuyas principales cabezas fueron empresas como El Aguila, de petróleo, las mineras de El Oro y Santa Gertrudis, la tranvía de Veracruz y Puebla y varias otras. Díaz, por su parte, alentó la inversión inglesa, si no para acercarnos a Dios, sí para alejarnos de los Estados Unidos. Este cuadro de bonanza cambió súbitamente con la caída de Díaz. Cabe decir que la relación anglomexicana cayó con él. Los ministros de Su Majestad Británica en el Foreign Office, sus representantes oficiales en México, sus cónsules, encargados de Legación e informantes oficiosos negaron la revolución en un sentido casi freudiano: bloqueando su realidad, buscando como ningún otro gobierno la vuelta al *statu quo* anterior. Así, con pequeños matices, apoyaron a Huerta

hasta el último instante -de hecho hasta momentos antes de su muerte en una prisión tejana-, jamás pudieron establecer comunicación real con Carranza, se avinieron tarde y mal con el régimen sonoreño, pelearon con el cardenismo para luego acercarse, al cabo de treinta años de infructuosas querellas, a un régimen que a fin de cuentas, con perspectiva histórica y en comparación con otros sistemas radicales, parecía -y era- moderado.

El libro es muy rico en episodios truculentos, extraños y hasta divertidos -sus 580. páginas se leen con facilidad- pero, en términos de filosofía política, uno de los más sugerentes es el conflicto entre la estricta moralidad presbiteriana de Woodrow Wilson y el pragmatismo diplomático de los ingleses. Wilson predicaba el respeto a la autodeterminación de los mexicanos. Por coherencia con los valores políticos del liberalismo consuetudinal se negó siempre a tratar con Huerta. Los ingleses proponían con insistencia el uso o el apoyo de la fuerza. La diferencia entre las dos posiciones estallarían finalmente en las conferencias de Versalles en las que el moralismo absoluto de Wilson impondría un arreglo contraproducente para sus propios fines de pacificación y democracia, pero lo cierto es que en el caso mexicano -cosa que a menudo olvidan nuestros historiadores y que Meyer deja claro- la altura y la sensatez estuvieron del lado de Wilson. Cualquiera otro presidente en su lugar -Taft o Roosevelt que lo antecedieron, o Coolidge que lo siguió- habría acudido a la fuerza. Es extraño que